

que debía disolver por su base el orden de la tiranía, cuyo espíritu era de opresión, de arbitraje y de oculto cálculo.

Así se explica como el representante del absolutismo pagano temió mucho cuando JESUCRISTO — personificación de la luz, del camino y del publicismo, — le dijo: *Nada podrás hacer sino lo que el Alto te permita.* ¡Declaración sublime! Desde entonces pudo comprender el hombre que el Señor de los pueblos es Dios, y que Dios no ha de permitir pese sobre sus pueblos otro Gobierno que el de la misericordia.

¡Qué doctrina tan suave! ¡qué fondo de libertad y qué suprema garantía del derecho! ¿Dónde podían encontrarse mejor hermanados el derecho y la libertad que en este sublime cuerpo de doctrinas y máximas, que constituyen el ideal de la Religión, cuyo fundador dió á los hombres este precepto: *Vosotros orad así: Padre nuestro que estás en los cielos... venga á nos el tu reino...?*

Diréis todos: *Padre nuestro*: es decir, reconoceréis: « todos somos hermanos, » y *el reino del Padre*, es decir, el poder que invocais sobre vosotros, ¿cuál es sino aquel que inspiraba al Apóstol el *ubi spiritus Domini ibi libertas*?

Tan inmenso plan, doctrina tan augusta, no podía limitarse al corto espacio de uno ó dos siglos: la perpetuidad debía ser una condición inherente á su universalidad. Sabía Dios que las pasiones orgullosas continuarían buscando su personificación y entronizando nuevos tiranos; era preciso, pues, que una dinastía indefectible de reyes de misericordia fuese establecida para que jamás faltara una voz autorizada que recordara al poder humano que *nada le sería dado hacer sino lo que el Alto le permitiera.*

De aquí porque aludiendo á los que debían suceder á JESUCRISTO en la propagación del derecho y de la justicia, Isaías escribió: *Ministros de vuestro Dios, se os dirá á vosotros, dijo á ellos el Señor, comeréis la fortaleza de las naciones, y con la gloria de ellas os pondréis lozanos... porque yo soy el Señor que amo la justicia y aborrezco los holocaustos de rapiña, y daré la obra de ellos en verdad, y haré con ellos alianza perpétua.* (Isai. xli).

El Cristianismo encontró el mundo dominado por un im-

perio inmoral, y á los pueblos servidores rastreros y esclavos degradados de un inmundo poder. El emperador que condenó á muerte al primer Pontífice, concibió el proyecto del incendio de Roma, y presencié friamente su ejecución desde una cumbre cercana á las siete colinas. Entusiasmábase el espectáculo de las olas de fuego que invadían la capital del imperio, y cantó al son de su lira con seguro acento algunos versos dedicados al incendio de Troya; rasgo característico del que en un día de furor quería asesinar á los gobernadores de todas las provincias y á los generales de su ejército, exterminar las familias de origen gálico, volver á incendiar la ciudad, y soltar á una hora convenida las fieras del anfiteatro. Estos fueron los sentimientos del perseguidor del primer Pontífice: ¡qué gloria para aquel Pontífice morir por haber dicho: *non licet* á tal tiranía!

¿Describirémos la conducta de los demás hombres que condenaban á los tormentos y al suplicio á los predicadores del Dios de la verdad y del derecho? Preferimos emitir el juicio general, expresado con imparcialidad por un contemporáneo, célebre por su odio contra los cristianos. No puede pintarse mejor el estado de disolución en que el Pontificado encontró el poder.

« De una parte la sociedad debía resistir al imperio, oponiendo al *Dios César* un *Dios nuevo* que restableciera el derecho; y de otra á la persona del emperador, siempre amenazada con el puñal.

« Jamás se promulgaron tantas leyes de majestad y jamás sucedieron tantas muertes violentas de soberanos. En el espacio de cinco siglos de los ochenta príncipes que se sentaron en el trono de Occidente, apenas se cuentan diez que acabasen sus días de muerte natural. Cuanto más una idea tenga en su favor héroes que la planteen, si el derecho no está en su favor, tanto más fácilmente se corrompe... Los emperadores no tenían fe en su raza. Augusto, Vespasiano, Antonino Pio, vivieron y murieron escépticos; Trajano pereció desesperado; Marco Aurelio tuvo que refugiarse en el estoicismo; Séptimo Severo exclamó en su lecho de muerte: *Lo he sido todo, y nada me sirve*; Aureliano insultó

«al pueblo, y lanzó de Roma... Calígula, Neron y Cómodo re-
«presentaron la degradacion de la plebe; Caracalla y Maxi-
«miano la degradacion del ejército; Heliogábalo y Alejan-
«dro Severo la degradacion impúdica y supersticiosa...»
(PROUDHON, *De la justice*, t. 3, cap. 4). Degradacion uni-
versal motivada por la universal falta de fe, de derecho y de
justicia.

Á estos soberanos corrompidos y á la sociedad que engen-
draban y dirigian, el Cristianismo opuso hombres que, sin
el esplendor de los paganos, reunian y comunicaban las cua-
lidades que hacian falta á la humanidad. Los Pontífices re-
presentaron la soberanía del derecho, cuyo poder y fuerza
enseñaron á los pueblos; presentáronse como héroes de paz
en los tribunales y en los cadalsos. La sangre que derrama-
ron ablandó los cimientos de aquella desordenada tiranía;
cayó el antiguo régimen, y fue reemplazado por otro que to-
mó por bandera de gloria la que hasta entonces lo habia si-
do de ignominia.

Las reclamaciones de los Pontífices contra el arbitraje y la
esclavitud les merecieron el entusiasta agradecimiento de
los pueblos y de los Gobiernos: así se explica el que, como
cuando las turbas presenciaron el prodigio de la multipli-
cacion de los panes pretendian proclamar rey á JESUCRISTO,
quisieran proclamar rey al Pontífice romano en vista de sus
continuos y prodigiosos actos de providencia y misericordia.

El agradecimiento de los pueblos es el título del régimen
político y administrativo del Pontificado.

JESUCRISTO no aceptó como el Papa la corona que le ofre-
cia la muchedumbre, porque siendo Aquel el Verbo de Dios
que hizo y gobierna las cosas visibles y las invisibles, era
así rey de los siglos como rey de la eternidad; y ya se com-
prende que los pueblos no eran dignos de coronar unas sien-
es en las que brillaba ya una corona inmortal y divina.

El Papa aceptó la corona que JESUCRISTO despreció, porque
reconoció bien que con su poder temporal podria mejor con-
servar el equilibrio entre los derechos y los deberes de los
demás soberanos de la edad media, haciendo soportable la
humana autoridad.

«El interés del género humano exige un freno que de-
«tenga los soberanos y proteja á los súbditos en la carrera
«que les ha sido señalada: este freno religioso hubiera po-
«dido permanecer, si así se hubiera convenido, en manos de
«los Papas. Los primeros pontífices, no mezclándose en li-
«tigios temporales sino para apaciguarlos, advirtiendo á los
«reyes y á los pueblos de sus deberes, reprendiendo sus crí-
«menes, y reservando los anatemas para los grandes aten-
«tados, hubieran podido ser venerados siempre como imá-
«genes de Dios en la tierra. Mas los hombres vieron reduci-
«da su defensa y la garantía de sus progresos á las leyes y
«á las costumbres de sus respectivos pueblos; leyes despre-
«ciadas con frecuencia, costumbres á menudo corrompi-
«das.» (VOLTAIRE, *Essai*).

¿Qué hubiera sido la edad media sin el regularizador del
Pontificado? ¿quién puso á raya el feudalismo sino las pru-
dentes, enérgicas y eficaces amonestaciones de los Papas?
¿No fue su espíritu de mansedumbre y justicia el que pro-
tegió la constitucion de los pueblos?

Gregorio el Grande representó en la edad media la pleni-
tud de aquel espíritu. En el fondo de sus homilias descúbren-
se un corazón inmenso guiado por una de las mas vastas in-
teligencias que han brillado en el decurso de los tiempos. Si
de buena fe el humanitarismo busca un tipo de nobles sen-
timientos, reconocerá lo era aquel Pontífice, que supo der-
ramar vida é interés en una sociedad que nos describe con
estas hermosas pinceladas: «¿Qué existe en la tierra que
«pueda complacernos? No vemos sino tristezas, no se nos
«ofrecen sino gemidos. Las ciudades son destruidas, los
«fuertes derribados, las campiñas saqueadas, todos los paí-
«ses reducidos á soledad. Y los restos del género humano
«son continuamente heridos por los azotes de Dios. Vemos
«á unos detenidos en cautiverio, á otros mutilados, á otros
«heridos; Roma misma, en otro tiempo señora del mun-
«do, se ve reducida, encorvada al peso de sus dolores, in-
«sultada por sus enemigos, abandonada de sus ciudadanos,
«llena de ruinas. ¿Dónde está el Senado? ¿dónde está el
«pueblo?

« ¡Y qué digo de los hombres...! Hasta los edificios se des-
« truyen, y sus muros caen. ¿Dónde están los que se alegra-
« ban de su gloria? ¿dónde su pompa y su orgullo? Antes
« sus príncipes y sus capitanes recorrían las provincias del
« imperio para aprovecharse con el pillaje; los jóvenes acu-
« dian á la gran ciudad para adquirir dignidades y grande-
« zas. Mas hoy que está desierta y arruinada, nadie quiere
« permanecer en ella; ya no vemos aquí á los poderosos opre-
« sores.»

Expresiva y dignísima figura la de Gregorio acusando á la engreida humanidad sobre las ruinas de una capital desgraciada. La voz que se levantaba entre los sepulcros de la opulencia y de la gloria conjurando la vida á habitar de nuevo en las mansiones en que un día rebosó, era demasiado elocuente para ser desatendida. Pero es consolador seguir enterándose de la afectuosa y enérgica defensa del débil por boca del Papa. Sigamos leyendo las palabras del gran Pontífice: «Teniendo entendido que existían en Cerdeña muchos «idólatras, y que los obispos de la isla miraban con cierta «negligencia su instruccion, envié allí uno de los obispos «de la Italia que ha rectificado la conducta de muchos. Mas «yo sé que los que sacrifican á los ídolos satisfacen un de- «recho para obtener por ello permiso, y que se continúa «exigiendo el mismo derecho de los que han recibido ya el «Bautismo... La isla de Córcega está tan cargada de impo- «siciones que sus habitantes apenas pueden satisfacerlas «vendiéndose los hijos, lo que es causa de que abandonen «el imperio, y se echen en brazos de los lombardos. Porque «¿pueden ser peor tratados por aquellos bárbaros de lo que «hoy día lo son? En Sicilia se acusa á un tal Estéban, jefe «de marina, de enormes vejaciones, se apodera de los bienes «individuales, exigiendo tributos de las tierras y de las casas «sin conocimiento de causa: la reseña de sus tropelías lle- «naria un volúmen. Os pido, pues, decia á la Emperatriz, «que representeis estas cosas al Emperador. Sé que me «dirá que lo que recoge de aquellas islas se emplea en bien «de la Italia; mas, esta es seguramente la causa del poco «provecho que de semejantes repartos reporta el país, pues-

«to que tales medios son conseguidos con cierta mezcla de
«pecado...»

Honorio III defendió laudablemente el derecho en ocasion de los atropellos que Luis VIII, rey de Francia, cometía en Inglaterra; en la enérgica carta escrita por el Pontífice á este Monarca, entre otros rasgos en pro de la justicia, decia: «Que no se diga que no toca á Nos tomar la defensa del Rey «de Inglaterra en esta ocasion, pretextando que se trata de «asuntos feudales: á Jeremías que era profeta le fue dicho: «*Yo te he puesto sobre los pueblos y los reinos para que le- «vantes y arruines, edifiques y plantes.* Al Papa, pues, pro- «feta y sumo sacerdote de la nueva ley le incumbe destruir «toda falta grave, lo que no se consigue á veces sin corre- «gir á los rebeldes. Ya que Vos pecáis contra el Rey de In- «laterra, ¿podríamos cerrar los oídos á sus justas quejas «perteneciéndonos como nos pertenece el ministerio de la «correccion? Por esto os conjuramos que, por sensible que «os sea, ceséis de ocupar las tierras de dicho Monarca.»

El Pontificado despues de crear las nacionalidades veló sus derechos oponiendo la variedad de autonomías á la peligrosa unidad del imperio. Para realizar tan humanitaria misión que se impuso al recibir la corona temporal, se valió de las tres sublimes lecciones que se aprenden en la vida de JESUCRISTO; se presentó como *luz*, como *camino* y como *publicista*.

El Sumo Pontífice era el único que promovía y alentaba las discusiones, el único que trazó un camino recto y firme para que lo recorriera la sociedad, y sobre todo, y aquí reclamamos de una manera especial la atencion, el que impidió la supremacía de las sociedades secretas.

El Pontificado es una cumbre que se divisa de todas partes de la tierra; pues todas las cuestiones sociales se resolvían en aquella cumbre á la plenitud de la luz católica.

Los usurpadores y agiotistas tenían un freno en el publicismo de la justicia, y de ahí que los que mas fomentaron la insubordinacion de Lutero fueron los soberanos inmorales. Era imposible llevar á cabo la dilapidacion á la sombra de la autoridad divina, por esto se complacieron en abatirla

los que de ella habian recibido enaltecimiento. Y para que aparecieran sin ambigüedades las causas de la revuelta contra el Pontificado, dispuso la Providencia que al sonar la hora de estallar esta, brillara en el trono romano el eminente Leon X. ¿De qué podia acusarle á Leon X la sociedad? ¿de falta de ciencia? ¿quién en su siglo podia decir como el discípulo de Ángel Policiano: *Ego sum lux?* ¿de falta de política? Mas, si desviándose de sus consejos la insubordinada sociedad se dirigió á la confusion y al caos, ¿quién como él podia decir: *Ego sum via?* Y si á su pesar se inauguró la soberanía del club; si anatematizó á cuantos consultaban los designios sociales á la malicia íntima de sus corazones corrompidos, ¿qué justificacion ante el porvenir—desgraciado y removido por las sociedades secretas, — poder recordar: *In occulto locutus sum nihil!*

La inflexibilidad y austeridad de Paulo V se opuso á la sensualidad y malicia de los Gobiernos inspirados por Luis XIV en el siglo XVII; y por cierto que ninguno de los filósofos del siglo XVIII se hubiera atrevido á discutir con el pensador mas profundo de aquel tiempo, en cuyas sienas la Iglesia puso la tiara. El nombre de Benito XIV es demasiado grande para dejar de admirarle, y para no cederle el honor de intitular al siglo que le vió florecer.

Ninguna acusacion, ningun argumento válido afecta la grandeza y justicia pontificia en lo pasado. En grupo y en detall la sociedad y las naciones le deben los principios del orden y progreso, y hasta, á no haberse opuesto á ello el poder civil, por miras, — cuya malicia Dios perdona, — el Papa hubiera realizado siglos hace la independencia y la autonomía de la Italia.

La ciencia, la política y la religion no encuentran en la historia pontificia nada que acusar. ¿Qué dice del Pontificado la actualidad?

Descansen en paz las cenizas de los augustos pontífices que santificaron el teatro de este siglo con sus sudores y lágrimas. Pio VI muriendo en el cautiverio cuando la sociedad agonizaba cautiva, y Pio VII sintiendo disolverse las cadenas que le oprimian cuando el espíritu del derecho y de la li-

bertad volvia á asomarse sobre los pueblos conturbados, evidenciaron la solidaridad de las causas pontificia y popular.

Hemos llegado al dia de hoy: el genio de la tempestad lo ha confundido todo; todo está revuelto, todo oscurecido. ¡Resplandor de la civilizacion, alumbranos, que ya no nos vemos ni conocemos!

Donde quiera que volvamos la vista se descubren las huellas profundas de la injusticia; el frenesí, el remordimiento desorienta á la Europa; los poderes constitutivos de la actual sociedad, al contemplar la obra que han permitido se edificara bajo sus auspicios, no pueden menos de confesar: *Erravimus à via.*

El derecho es el corazon de la paz, y el derecho está herido: la paz europea es tísica; ¿cómo puede robustecerse la sociedad? No hay sino un medio; hacer que el principio de autoridad en vez de la húmeda atmósfera del club respire el higiénico aire de la montaña santa.

Sabemos que esta idea horroriza á las pasiones: la enfermedad conviene á los que medran con los gastos que sus dolencias ocasionan: «Destruyamos, dicen ellos, la montaña «santa, ella impide la libre circulacion de los aires: no falta la autoridad que no subsiste, sobra aun la que permanece.»

Estas ideas son acogidas con aplauso: el principio de autoridad es citado ante el tribunal revolucionario.

Los poderes de la Francia, Rusia é Inglaterra se colocan frente á frente el poder pontificio. Pio IX es juzgado por Napoleón, el Czar y la secta Palmerston.

¿Quién es la víctima? ¿quiénes los jueces?

La víctima es el que el Señor ha establecido ante todos los pueblos para destruir y edificar; aquel que tiene encargada la distribucion del pasto de la verdad y la ejecucion de la justicia; aquel que se alegra con los que están satisfechos, y llora con los oprimidos; aquel que habla sabiduría con los perfectos, y á los infantes les da un alimento digestivo como leche: la víctima personifica la paz, es la vida del derecho.

¿Quiénes son sus jueces?

Empecemos á examinar sus títulos.

Napoleon, ¿os serviréis mostrarnos el diploma que os autoriza para juzgar la moralidad del Gobierno del Papa? ¿dónde está vuestro título de preceptor?

—Soy rey.

¿Sois rey? Perdonad que registremos la historia para ver la data de vuestra dinastía. En ninguna página de la historia del siglo pasado encontramos vuestro nombre: ¿quizá los filósofos destronarían á vuestros padres?... Recorremos el siglo XVII, y nuestros deseos aun no se ven satisfechos; no es extraño: el siglo XVII fue el de los *moralistas ateos*, hombres de guerra, y vos lo sois de paz: vuestros antecesores se os asemejarían, y tal vez fueron destronados: subamos un poco mas. Buscamos vuestro nombre en el siglo XVI, y tampoco lo encontramos. ¿Lo borraría quizá Lutero de la lista de los soberanos como á representante de una dinastía *católica sincera*? Pero en el siglo XV observamos el mismo vacío. ¿Qué es esto, Napoleon? Vos no podeis ser un soberano nuevo, porque pretendéis aleccionar al poder mas antiguo, y le acusáis de que no se ha sabido entender; sacadnos de duda, ¿á qué época se remonta vuestra soberanía?

—La soberanía de mi raza data de la caída de Luis XVI.

Es decir, vuestro trono es recién nacido, vuestra dinastía es muy jóven, y no ignorais que la inexperiencia es inherente á la juventud. Sin embargo, aunque el peso de la madurez falte á vuestro juicio, emitidlo con franqueza, pues los católicos no estamos reñidos con la observacion.

Ya podeis hablar, Emperador; decidnos ¿qué teneis que decir contra Pio IX? ¿reconoceis su derecho á reinar?

—Lo reconozco.

¿Reconoceis que ha reinado segun los principios de la civilizacion y del Evangelio?

—No puedo reconocerlo.

¿Cómo no! ¿qué encontráis de malo en su régimen?

—Que no atiende bastante los derechos del pueblo.

¿Derechos del pueblo? decís, ¿en qué consisten estos?

—En tener intervencion en las cosas públicas.

Por ejemplo, como la tiene en vuestros Estados ¿no es verdad?

—Es que en mis Estados el pueblo se personifica en mí.

Y ¿por qué vos podeis personificar vuestros pueblos en Francia, y Pio IX no puede personificarle en sus Estados?

—Es que Pio IX es sacerdote, y el sacerdocio viene de otro mundo.

¡Ya...! Permitidnos, el mundo de los clubistas ¿no se diferencia del mundo visible? si el sacerdote tiene el poder de mas arriba, el clubista ¿no le tiene de mas abajo?

—En efecto.

Pues, si se rechaza al sacerdote por el origen de su poder y de sus títulos, ¿será admisible por su origen el clubista?

—Pero el pueblo no quiere el poder del Papa.

¿Os serviréis probarlo?

—Yo tengo de sostenerlo con mis bayonetas; el dia que las retire caerá.

No lo creais, como en vez de las bayonetas que aparentemente le protegen, no dirijais allí las ocultas corrientes que efectivamente lo derriben. Los Napoleones habeis reinado aun no un cuarto de siglo; once siglos hace que reina el Pontificado. Lo repetimos, vuestra dinastía es jóven: en gracia de su juventud le perdonamos los ímpetus de entusiasmo. ¿Os queda otra acusacion que hacer?

—Además el pueblo á la sombra del Pontificado no progresa.

¿Qué entendeis por progresar? ¿enviar los jóvenes á regar de sangre los campos de Oriente y del Mediodia; sembrar de víctimas la Europa; arrojar soberanos de los tronos, y entronizar á míseros y perversos bandoleros, y despues de tanta confusion y de tantos sacrificios exclamar: «La patria tiene un nuevo grado de gloria?» Este progreso jamás formó parte del programa pontificio. Los Pontífices no conquistaron con armas. Sus ejércitos han sido especialmente los hombres de ciencia; los descubrimientos del arte sus adquiridas posesiones: pero en grandeza artística ¿puede compararse París con Roma? y en cuestiones de derecho público, ¿quién entiende y quién las resuelve mejor que la política pontifi-

cia? Vos estais convencido de ello, y solo el miedo á la sabiduría de Roma os hizo desistir del proyecto de un Congreso europeo para el arreglo del porvenir. Porque los individuos de vuestra raza pueden ser eminentes artilleros y grandes capitanes, pero mas sábios que los Pontífices, por cierto que ni lo pretendéis. Vos sabeis mejor de ganar batallas y de jugar partidas que el Papa; el Papa sabe mejor de gobernar con prudencia y fallar justamente que vos. La idea de destronar el Papa no es italiana, creedlo bien, es extranjera á aquel país. Vos la representais. No es un obispo el que lo ha dicho, Proudhon el anárquico lo escribió: «En Francia el Emperador es el general de la igualdad, la espada de la revolucion. La popularidad que Napoleon goza, se refiere no á su título sino á su persona, y si con la elección del 10 de diciembre de 1848 y el golpe de teatro del 1851 se puede decir que el pueblo recibió con entusiasmo el restablecimiento del imperio, es que vió en el imperio, como en 1804, no la realizacion de su ideal, sino la esperanza de su realizacion¹.»

Este ideal nos es conocido: ruina completa del principio de autoridad basada en los derechos de la Iglesia.

Hé ahí lo que debéis realizar. En fin, ni por vuestro origen, ni por vuestra ciencia merecis el título de consejero, mucho menos de maestro de Su Santidad.

Y ¿qué dirémos del Czar?

Czar, ¿con qué título pretendéis corregir el Gobierno pontificio? ¿qué podeis alegar contra el trono de la misericordia, vos á quien la civilizacion moderna apellida déspota, oscurantista y tirano? ¿Tambien vos abrigais la opinion de que una de las pruebas de que el Papa no sabe de gobernar

¹ Ofrecese una objecion á la oportunidad de esta cita; la recogida de la obra en que venia inserta y la causa formada contra su autor, parecen una protesta de parte de Napoleon III; sin embargo, será bueno recordar que la principal causa alegada por la recogida y condena fue la inmoralidad y las injurias personales que inspiran algunos de sus párrafos; puesto que en lo que atañe á la política la obra de Proudhon no hace mas que desarrollar y deducir las consecuencias de lo que Napoleon III ha repetido en diferentes discursos: «El imperio arranca de las ideas del año 1789.»

es que necesita ejércitos extranjeros? ¡Peregrina ocurrencia! y qué ¿no son extranjeros á la Polonia los soldados que la sujetan en vuestro nombre? ¿qué provincia de vuestro imperio se sostiene por soldados del país? Antes de intervenir en los Estados pontificios id á reformar vuestro Estado y vuestra Iglesia, y despues volved.

Tras el Czar aparece lord Palmerston en nombre de la Inglaterra. ¿Qué le pide al Papa lord Palmerston? sentimientos humanitarios y códigos de libertad. Al oirlo la Irlanda se irrita, y esforzándose á sacudir el yugo protestante que la aflige, envia sus hijos á grandes masas á apoyar la santa libertad que disfrutaban los pueblos sometidos al poder del Papa. ¡Qué mentís mas convincente á hombres capaces de conviccion!

Dos poderes cismáticos, y otro que — para usar de un epíteto blando — le llamémos *improvisado*, sirven de fiscales en la causa del poder temporal del Pontífice: mejor dirémos: ellos son los que gritan y hacen gritar el *tolle, tolle!* Y como los paralíticos, ciegos, cojos y enfermos curados por el Redentor se callaron al oír que el Redentor iba á ser crucificado; así los demás poderes de la Europa, curados, y regenerados, y vivificados por el Pontificado, se cruzan de brazos ante el tumulto que le arrastra é insulta, y vilipendia, y quiere condenar á muerte. Mas no vacila ni teme por ello el Pontificado: á él Dios le dijo: *No temas, que yo estoy contigo: no declines, porque yo soy tu Dios: te conforté, y te auxilié, y te amparé la derecha de mi justo: hé aqui que avergonzados serán los que pelean contra ti; serán como si no fuesen, y perecerán los hombres que te contradicen: yo soy el Señor tu Dios que te tomo por la mano y te digo: No temas, yo te he ayudado... te puse como carro nuevo que trilla, armado de dientes serradores: trillarás los montes, y los desmenuzarás, y reducirás como polvo los collados.* (Isai. XLI).

Y del que representa este poder fue dicho: *Hé aqui mi siervo, mi escogido; mi alma tuvo su complacencia en él, sobre él puso mi espíritu, él promulgará justicia á las naciones. No voceará ni tendrá acepcion de persona, ni será oída de*

afuera la voz de él. Hará justicia segun verdad. No será triste ni turbulento mientras que establezca la justicia en la tierra... Yo te puse; dice el Señor, para ser reconciliacion del pueblo y luz de las gentes; para que abrieras los ojos de los ciegos, y sacaras del encierro al preso y de la cárcel á los que estaban en asiento de tinieblas. (Isai. XLII).

Con estas palabras Isaías supo expresar bien la grandeza é índole del poder que reasume el Pontífice, y la importancia y sublimidad de sus deberes.

¿Ha cumplido con ellos Pro IX? Veamos como puede presentarse á la generacion actual y á las venideras, y decirles en verdad: *Jamás me olvidé que el espíritu del Señor es sobre mí; Él me ungió; me envió para evangelizar los mansos, para medicinar á los contritos de corazon, y predicar remision á los cautivos y apertura á los encarcelados, y el año de reconciliacion con Dios, y el dia de su venganza, y para consolar á todos los que lloran.*

« Cuando el ilustre vástago de la familia de los Médicis « subió al trono pontificio, Roma, al ver traslucirse en su « mirada los sentimientos de beneficencia y caridad que ha- « bia confirmado en él la santa unción, se entregó á la mas « inefable alegría. Al difundirse la voz que el nuevo Pon- « tífice habia levantado el destierro á Sederini, acordado « el perdón á los conspiradores florentinos, y resuelto otros « actos de generosidad real, el pueblo alborozado como un « poeta prorumpió en cantos de gratitud; aclamaciones de « admiracion y reconocimiento saludaron al sucesor de Ju- « lio II al presentarse por primera vez al público. Roma cre- « yó haber amanecido el día de su reposo. Parecia que Dios « habia suscitado aquel genio para levantar lo que el pasado « arruinó; para apaciguar odios, reconciliar espíritus, acer- « car corazon, y reunir en el amor á la Santa Silla los so- « beranos nacionales y extranjeros.

« El mas insignificante escrito de aquel Pontífice respira- « ba ardiente devoción á la Divinidad, á la Virgen, á los « Apóstoles, al Patron de la Italia: su lenguaje fue siempre « digno y cristiano; cada línea de sus escritos despidió un « fuerte aroma de caridad.

« La gran necesidad de aquel Papa era AMAR: ¡Yo os amo! « este era su saludo ordinario. » (Mr. AUDIN, *Histoire de Léon X*).

Esta fue la inauguracion de Leon X.

No han todavía cumplido quince años desde que el trono del gran Pontífice del siglo XVI está ocupado por un augusto miembro de la familia Mastai. « Su primer acto político es « la amnistía, y resuena por toda Europa un grito de aplau- « so á la clemencia del Pontífice. Los presos que recobran la « libertad, los condenados que alcanzan el perdón, los emi- « grados que respiran de nuevo el aire de la patria, ensal- « zan alborozados la mano bienhechora que les dispensa el « beneficio; los católicos ven con mucha complacencia ese « acto de bondad paternal en el que es padre de todos los « fieles; el liberalismo saluda la amnistía como la aurora de « la libertad; y la masa del pueblo que antes de extraviarse « se apasiona por las ideas generosas victorea con entusias- « mo y delirio al Papa que perdona y olvida. Roma empieza « á presentar un aspecto nuevo; hay un movimiento des- « usado; hay agitacion, circulan noticias sobre reformas, « sobre libertad, sobre proyectos de un sistema que cambie « la faz de los negocios; y el orbe entero aplica atento oído « al sordo rumor que se levanta en la capital del orbe cris- « tiano. Roma, la ciudad de los grandes destinos, de los acon- « tecimientos extraordinarios; Roma, la clave de las mudan- « zas profundas en la marcha de las naciones, Roma se agi- « ta; Roma, el corazon del orbe se prepara á cosas nuevas: « ¿qué nuevos destinos le aguardan al mundo?

« Poco despues la prensa se ensancha, y aunque bajo la « censura, obtiene inesperada latitud; el P. Ventura ensalza « desde el púlpito las doctrinas políticas de O'Connell; y sus « calorosas palabras se imprimen en Roma con permiso de « la autoridad. Se convoca un Consejo de Estado, se estable- « ce una municipalidad en la capital, y por complemento, el « Gobierno pone las armas en manos del pueblo, organizan- « do rápidamente la guardia cívica.

« Á un cambio tan repentino y profundo, en el mismo cen- « tro de Italia, y promovido por un Papa, toda la Península